



Los chinos del Barrio Chino de Barcelona viven en misérrimos albergues; se contentan, como alimento, con repollo, arroz y patatas, y trabajan sin descanso en la fabricación de las baratijas que luego venden en la calle, sosteniendo con el público los más pintorescos diálogos.

CRONICA en Barcelona.

La vida pintoresca y no siempre alegre de los chinos del Barrio Chino barcelonés, que han sido chinos de todos los barrios chinos del mundo.

Para situar al lector.—Nietzsche, en el Barrio Chino.—Las cuatro esquinas.

DE las Ramblas para acá, es Barcelona; de las Ramblas para allá, son los países distantes. Entrando por la Rambla en la calle Nueva, rumbo al Paralelo, la segunda travesía que baja hacia el mar es la calle de Guardia. Una calle típica del Barrio Chino, con tascas, traperos, peinadoras, casas de dormir y navajazos de tanto en tanto. La calle se alarga, entre el rumor flamenco de las academias de baile y las mujeres paradas en los portales ochocentistas, hasta el Arco del Teatro. Allí cambia su nombre—acentuando su esencia—por el de Montserrat, y sigue hasta Santa Mónica, para desparramarse en el mercado de libros viejos y en los bares opacos, frecuentados por marinos que conocen todas las singladuras.

Famosa estrella de caminos innumerables esta que forman las calles de Guardia, Montserrat, Arco del Teatro y Treinta. En cualquiera de ellas el *Noi del Sucre* inició su obra social hablando a las tarascas de un tal Nietzsche, a quien ellas tomaban por algo así como *El Huerto del Francés*. En otra, la que desemboca en la plaza del Teatro, libraron sus más fenomenales batallas *únicos* y *libreños* cuando la lucha sindical derivó hacia el pistolero a sueldo. De la que sube hasta la calle Nueva, columna vertebral del Barrio Chino, y de la que baja hasta Atarazanas, han salido—y salen—todos los flamencos que pasean por el mundo los faralaes gitanos y los jipíos melancólicos de gata bañada en luna.

Se ha hecho historia en medio de esta cochambre. Sí; una historia pintoresca que conocen pocos, desde luego. ¿Quién podía figurarse que los *Hijos de Zaratustra*, que bebían cazalla y hablaban de la *bestia rubia*, habían de abandonar las trochas para correrse hacia los caminos libres e inaugurar la etapa más activa del movimiento obrero español! Es una cosa que no podía sospecharse en los albores del siglo. Tampoco nadie hubiera supuesto que aquella chiquilla eschuchimizada que tocaba los palillos con una *asaúra* que se la pisaba iba a ser, más tarde, querida oficial de un príncipe. Ni que la otra, ojerosa, desmelenada, con los vestidos a medio muslo y las medias a media rodilla, iba a despreciar cinco mil dólares por cantar una noche—una sola noche—en el Broadway. Y, sin embargo, las cosas han sido.

Famosas cuatro esquinas. En una hay una pareja de Asalto en servicio permanente; en la otra, un grupo de mujeres gordas y barbudas, tan permanentes como los guardias. La pareja no ha visto nada, porque cada día es distinta. Pero las mujeres son las

mismas desde la semana trágica y lo saben todo. Frente por frente de ellas están las otras dos esquinas. En la de la izquierda hay una taberna siniestra, que hiede a vino y a sudor. La otra tiene una tienda de comestibles con las ventanas enrejadas.

“Mi, fatsa y selajú”.—Gato “flito”.—Una cocina deplorable.

A esta tienda vienen a comprar los tipos más arbitrarios del mundo: marineros varados en borra he-



He aquí el chinito rodeado de eventuales compradores de su quincallería «balata»... Este hombrerito amarillo que ahora ejerce su industria en Barcelona ha hecho lo mismo en Londres, en París y en Madrid... Y espera regresar algún día—cuando haya ahorrado «peletas»—a su China natal... (Fots. Torrents)

ra definitiva, cantadores de jazz delgados y oliváceos, negros ceremoniosos con cuello de celuloide y bombín; bailarinas javanesas, que cayeron atontadas por estas tierras, y aquí se quedaron; húngaros, judíos, griegos, chinos, carteristas, invertidos, emigrados políticos de todas las latitudes... Aquí es el único sitio donde puede verse a un chino sin maletín y sin ristras de collares. A veces entran y enseñan en la mano un puñado de calderilla. Son «tles leales para mi, fatsa y selajú».

El tendero, paciente tendero, les hace un paquetito con lo pedido, y se lo entrega.

—¿Qué gasto le han hecho?

—¿No les ha oído usted? Tres reales.

—Sí; eso, sí. Pero lo otro, lo de mi, fatsa y selajú, me ha dejado tan sereno.

—Entonces diga usted que no entiende el chino!

—Hombre, no; la verdad. Con el vascuence me quedé satisfecho.

—¿Tan sencillo como es! *Mi*, quiere decir arroz; *fatsa*, patatas, y *selajú*, una caja de cerillas de perra chica que tenga bueno el raspador de papel de lija y que se enciendan.

Los chinitos se quedan mirando, sonriendo y diciéndoles cosas raras a unas muchachas bonitas que también compran *fatsa* y *mi*. Las muchachas se sorprenden al principio; luego se meten en juerga y arman un jaleo que aturulla a los chinitos, que acaban por salir corriendo.

Viven ahí cerca, en la calle de Guardia, uncs, y en la de Montserrat, otros. Los chavales, que juegan a la carteta y a pistoleros y vigilantes, les acompañan hasta la puerta de su casa.

—¡*Chau, chau, palangueta!* ¡Tú comes gato flito!

—¡*Fuela, fuela, niño malo!*

—¡Tú comes gato flito y bloquíl!

Lo del gato frito no sé si será verdad, aunque no me extrañaría, porque el Barrio Chino es el lugar de Barcelona donde se dan las más crueles batidas contra los michinos; pero lo del broquil es cierto. Los chinos de aquí emplean una culinaria poco complicada. No salen del repollo, el arroz y las patatas. En ocasiones se permiten el lujo de comerse uncs platos inmensos de fidecs o unos trocitos simétricos de tocino. Pero esto sucede rara vez. Uno, que está acostumbrado a oír hablar de los nidos de golondrinas cocinados con agua de lluvia y de las aletas de tiburón hervidas con grumos de bambú y azúcar candi, se desiluciona un poco al conocer esta alimentación grosera y elemental de los chinos de Barcelona.

El peligro amarillo.—Se trata de pobres «coolies».—Los caminos del mundo.

Gente curiosa ésta, sin la cual Edgar Wallace no hubiera podido dibujar sus más crueles tipos, y los magos de Hollywood se hubieran visto negros para encontrar «traidores» fotogénicos. Les han saturado de tal manera de literatura folletinesca, que se hace imposible concebir un chino medio decente. Tras cada chino, uno ve fumaderos de opio, trapas disimuladas con alfombras, mujeres silenciosas agazapadas tras las cortinas, hombres devorados por los cocodriles mientras Fu-Manchú echa una partidita de *mah-jong*. Es una cosa tremenda. Y, sin embargo, estos chinitos del Barrio Chino barcelonés tienen cara de buenos chicos.

—Liou, en confianza: ¿usted no fuma opio?

—No. No quiero ni oír hablar de él.
 —¿Ni come nidos de golondrinas?
 —No; tampoco.
 —¿Ni aletas de tiburón?
 —Ni aletas de tiburón, ni peces de Ning-Po, ni *lichí* de Fukien, ni ojos de dragón pekinés. Yo como arroz.

—¿Con palillos?
 —Con cuchara.
 —¿Pero usted qué clase de chino es, Liou?
 —Chino de Cantón, querido amigo. Ni yo ni ninguno de estos compatriotas que viven conmigo han comido en su vida un miserable pedazo de esa aleta de tiburón que tanto le preocupa. Nosotros somos *coolies*, ¿comprende? Quiero decir que lo mismo aquí que en China comemos lo que se puede. ¡Aleta de tiburón!... ¡Cocinar bien un par de ellas cuesta casi una fortuna!

—Yo creí que ustedes tenían los tiburones como nosotros las pescadillas.

—¿Cuántas cosas se creen que luego no resultan ciertas! Antes de venir a España he recorrido Asia, América y Europa. He vivido en Saigón, en Madrás; conozco los Barrios Chinos de Nueva York, San Francisco, Habana, Londres, París... ¿Sabe usted cómo me figuraba a los españoles? Con sombrero ancho, capa y montados a caballo. No podía concebir un español a pie y sin patillas. Y ya ve usted...

—¿Todos esos lugares los ha recorrido usted vendiendo collares y abanicos?

—No. Yo soy artista de circo. Trabajo con mi mujer, un hijo que nació en Huelva y dos hijas de aquí.

—¿Por qué marchó usted de China?
 —Seguía las rutas pesqueras. Un día fui desde Hong-Kong a Saigón. Después, a la India. Unos meses en Madrás, y luego, hacia los mares desconocidos. Casi no sé por qué lo hice. En Cantón me ganaba bien la vida.

—¿Sus compatriotas han seguido el mismo camino?

—No. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Murió Sun-Yat-Sen, defraudó Chang-Kai-Sek. China es un inmenso campo de batalla donde guerrean más de cien millones de hombres. ¿Qué quiere usted? Hay que pelear con los soldados y con los viajantes de comercio. Japón, Inglaterra, Rusia... Estos muchachos hallaron ocasión de huir, y lo hicieron. Unos entraron de contrabando en los Estados Unidos; otros fueron directamente a Marsella, y luego vinieron aquí. Buena gente este Liou, Ling-Si, Yi-Cheng, Chang-Ue-Pe y los otros que recorren España vendiendo quincallería *balata* y juguetes de papel. Aquí no ha habido más que dos chinos jocundos, de naturaleza delirante. El uno era Fu-Chau-Fa, filósofo hermético, «hijo de la casualidad en la tierra china y único salvador del mundo entero»; el otro, Vicens Hong, matador de novillos-toros.

Chinos sin leyenda. — Los viajes a los pueblos. — La pasión del juego.

Ahora hay pocos chinos en el Barrio Chino de Barcelona. Les han hecho unas perrerías tremendas. Primero les obligaron a pagar cinco pesetas diarias en concepto de impuesto; luego dijeron que propagaban la lepra. Exceptuando a Liou—casado con una española—y a dos o tres más, los restantes llevan una vida miserable, de *coolí* aventurero y mañoso. Una parte de su mercancía la compran en un establecimiento próximo al Paralelo; la otra la hacen ellos mismos.

—¿Se vende mucho, Lu?

—*Legual*. En los pueblos más que aquí. Lu y su hermano y otros tres eran también artistas de circo. Trabajaron en Londres, en Madrid. Ahora dicen que no lo harán más, porque con los dragones y las pantallas de papel, que fabrican a una velocidad increíble, se ganan mejor la vida.

Son chinos de barrio chino, en cuanto se entienda por tal barriada maloliente de callejas sucias y retorcidas, sin aire y sin luz. Los del «China-Town» de Nueva York y los del «Quartier-Chinois de Corneilles-en-Paris» deben ser de otra manera. Allí es probable que se deslicen sobre las alfombras y ofrezcan pipas de opio en habitaciones saturadas de clima oriental. Aquí son inofensivos.

Paran poco en el barrio. Su negocio está fuera, en los pueblos, en las fiestas mayores, en las ferias. Un día de jerga pueblerina en el Panadés representa para el chinito un beneficio de cincuenta pesetas. Claro que esto es sólo un día. Luego regresan a Barcelona a manipular el papel y a confeccionar figuras primorosas.

Estos chinos volanderos que posan por una temporada en Barcelona ocupan un piso alto en la calle

de Guardia, entre la fanfarria de *Juanito el Dorado* y el vaho alcohólico de *El Cangrejo Flamenco*. En la misma habitación pueden dormir—han dormido—dos chinos, diez chinos, veinte chinos. Necesitan poco espacio. Con una cama o unos papeles tirados en un rincón, con una cazuela donde cocinar el *jang-kuá* y un trocito de madera para que no se mellen las matrices al cortar el papel, tienen bastante para vivir. Son parcos, humildes, tímidos.

—En Barcelona, ¿dónde venden ustedes más, Sang?

—En el *puelto*, en la *Lambra*, en las *afuelas*.

—¿No hacen ustedes negocio en su barrio, en el Barrio Chino?

—No. No *quelemos*. Está lleno de *ladrones*. Si nos ven pasá nos quitan el maletín y nos pegan en la cabeza.

El chino, cuando se aproxima a su casa, mete las ristras de collares, los cartones con gemelos, las pipas, las pulseras y los abanicos en la valija, que agarra fuertemente. No se fía de nadie que no tenga los ojos oblicuos y la piel amarilla. No hace tampoco daño a nadie.

—Vida poco complicada esta de sus compatriotas, Liou.

—¿Qué pueden hacer? No han asimilado, ni asimilarán nunca, lo occidental. Tienen que hacer una vida que no es la suya. Se someten, naturalmente, pero no se resignan.

—¿Qué diversiones tienen ustedes, Liou?
 —Como todo el mundo: las del recuerdo. Hablamos de nuestra tierra, de nuestra familia, cuyo paradero ya no conocemos. Celebramos la proclamación de la República China, la fecha del nacimiento de Sun-Yat-Sen. Poca cosa, como usted ve.

Ganando, por término medio, diez o quince pesetas diarias y gastando solamente tres o cuatro para vivir, es de suponer que estos chinitos de aquí hayan hecho sus ahorros, hayan guardado dinero para los tiempos difíciles. Pero no es así. No tienen ni una perra. Todo lo que ganan en una semana recorriendo los pueblos de la región lo pierden en una noche jugando al siete y medio en cualquier tabernucho infecto de los alrededores del barrio. Es una pena. Si pudieran jugar al *mah-jong*, quizá se defendieran. Pero a las siete y media y con las *truchas* del barrio que no viven de otra cosa... Se les engaña todavía, se les engaña como a unos chinos. Aquí y allá.

G. TRILLAS BLAZQUEZ

El deporte en Barcelona.



Homenaje a Gironés.—En el campo de Las Corts tuvo lugar, el domingo último, un partido de fútbol en homenaje al gran boxeador catalán José Gironés y a beneficio de la Mutual Sportiva de Cataluña. Actuaron equipos del F. C. Barcelona y una selección de otros equipos catalanes. En esta fotografía se vé a Gironés rodeado de los jugadores, antes de comenzar el partido.



Campeonato Universitario de esquí, de Cataluña.—El equipo de la Facultad de Farmacia, vencedor por equipos en las pruebas de carrera de fondo que tuvieron lugar en las pistas de La Molina. (Fots. Torrents)

crónica

¡VENÉREO!
 Se evita usando TUBO X. (0,60)